

SIN EXPERIENCIA

Tengo 65 años, y, aún hoy, recuerdo con total nitidez la primera Fiesta de Navidad a la que acudí como miembro de pleno derecho de la Asociación de Empleados de la Caja.

Había entrado en la Entidad un siete de diciembre, y, pocos días después, ya asistía a mi primera cena de hermandad. Yo estaba eufórico, a la vez que deslumbrado y un tanto cohibido, ya que, salvo a mis compañeros de oficina, no conocía a nadie de los presentes en la fiesta.

El evento lo habían organizado los empleados de la oficina de la localidad donde se celebraba la cena. Yo iba acompañado de mi novia, y a los dos nos pareció inmenso y acogedor el salón en el que entramos, con sus luces resplandecientes, sus mesas para ocho comensales y su tarima al fondo con cajas cubiertas con papel de regalo, micrófonos y altavoces.

La cena transcurrió en un clima distendido. Se desprendía de las mesas un ambiente de euforia: todo el mundo hablaba, todo el mundo sonreía. A cada momento, una risa estridente sonaba aquí y allí. Evidentemente, la gente disfrutaba de la fiesta. Mi novia y yo estábamos encantados. Las conversaciones, por lo general, versaron sobre nuestras biografías personales, sobre el ambiente laboral en las oficinas, el trato con los clientes y las anécdotas que nos acontecían cada jornada en nuestra relación con estos últimos.

Tras los postres, se oyó una voz metálica y estridente que provenía de la tarima del fondo. Uno de los compañeros organizadores de la fiesta, anunciaba que iba a comenzar el espectáculo. Rodeado de los compañeros de la oficina que organizaba el evento, el presentador comunicó que se premiaría con un televisor en color al compañero o compañera que saliese al escenario a cantar o contar chistes y que obtuviese el favor mayoritario de los presentes en la cena.

Mi novia se acercó a mi oído y me dijo que saliese. Yo, consciente de mi timidez y de mi nula experiencia en estas lides, le dije que no, que de ninguna manera. El compañero al micrófono pedía voluntarios reiteradamente, esgrimiendo la importancia del regalo que recibiría el ganador.

Por fin, tras unos instantes de duda en los que todo el mundo se miraba entre sí, subió al escenario un compañero ya talludito, que contó varios chistes y que obtuvo un aplauso tibio. Le siguieron dos compañeros más, también maduros, que cantaron sendas canciones, uno imitando a Palito Ortega y el otro tirando de fandangos de Huelva. El listón de las intervenciones seguía siendo bajo. A todo esto, mi novia no dejaba de animarme a que saliera voluntario. “Seguro que lo haces mejor que ellos, anda y sal”, me decía, sonriente y convencida. Y, entonces fue que el mantenedor del show solicitó que saliesen los “nuevos”, argumentando que era tradición que cada año desfilaran por el tablado aquellos o aquellas que hubiesen entrado últimamente en la Caja. En mi zona yo era el último en entrar en la entidad, así que, sudando, y sin dar crédito a lo que estaba haciendo, me vi levantándome de mi asiento y dirigiéndome hacia el escenario.

De entrada, recibí un cerrado aplauso, seguramente por mi temeridad, o, acaso, por la expectativa que despertaba en los presentes aquella cara desconocida que se había quedado solo ante el micrófono, como un náufrago a la deriva en el mar de la angustia.

Rompí el hielo contando algunos chistes, que fueron aumentando de tono a medida que se sucedían uno tras otro. Acabado el repertorio, hice una imitación paródica de Julio Iglesias y otra de Raphael. Como veía que contaba con el fervor de la audiencia, que aplaudían y reían mis intervenciones, me fui animando y, entonces, recurrí al monólogo humorístico, que, básicamente, consistía en el relato de una serie de anécdotas que me habían ocurrido en la oficina en mi relación diaria con los clientes.

En una de ellas contaba cómo se acercó a la ventanilla un chico del campo, de piel tostada y dedos como sarmientos. Yo le pedí que me dijese su carnet para entrar en la base de datos. El muchacho me dijo los ocho dígitos y, a continuación, agregó: “y D de Madrid”. “¿Cómo D de Madrid? –le pregunté, un tanto sorprendido- Será M de Madrid”. “¿Madrid no tiene D?” –insistió él, y, entonces, yo recordé la máxima que impera en el sector mercantil que reza que *el cliente siempre tiene razón*, y le contesté, sin dudarle: “Es verdad, llevas razón”. Él me dirigió una mirada satisfecha y yo pensé que había hecho lo correcto y que no era difícil contentar a los clientes: sólo había que tener empatía y una poco de mano izquierda.

Con el relato de las anécdotas profesionales di punto final a mi actuación. Recibí un aplauso unánime y mantenido. Tras del cual, el mantenedor del espectáculo se acercó al micrófono y, describiendo un arco con el brazo extendido, dijo: “Está claro que el ganador del concurso ha sido el nuevo compañero”, lo que hizo que el aplauso aumentara en intensidad.

Mientras recibía el reconocimiento de los compañeros y compañeras asistentes a la fiesta, alguien se acercó hasta nosotros y depositó la caja de mayor tamaño al pie del presentador.

-Y, ahora, tu merecido regalo como ganador –dijo, y me invitó a que rompiese el papel de regalo que envolvía la caja.

Mientras rasgaba el papel, pensé con regocijo que el televisor en color debía tener una pantalla de muchas pulgadas, dado el tamaño de la caja que lo contenía. Después de roto el papel, el presentador me invitó a que rompiese el embalaje de cartón. Para mi sorpresa, dentro de la caja había otra caja cerrada. Tras romperla, apareció una nueva caja, y luego otra, cada vez de menor tamaño. Estaba claro que el televisor no iba a ser tan grande como suponía. Los compañeros sobre la tarima se reían, y no digamos los comensales que, desde la atalaya de sus mesas, oteaban mi afanosa tarea de romper cajas y más cajas. Aquello parecía una muñeca rusa, una matrioska sin fondo. Cuando, por fin, vi aparecer una minúscula cajita de no más de cinco centímetros de lado, comprendí que no era el televisor, sino un vale regalo equivalente al mismo. Abrí el minúsculo cubo de cartón esperando encontrar allí mi vale obsequio, pero solo aparecieron, sobre un fondo de hilos de papel, como un nido desolado, tres caramelos con publicidad de la Caja, de los que solemos donar para las Cabalgatas de Reyes.

Todo había sido una broma, una broma de mal gusto, en el que *el nuevo*, el pardillo, había sido el protagonista.

Finalmente, sí había un televisor en color, que se sorteó entre los asistentes, y que el azar quiso que no me tocara a mí.

Ni que decir tiene que, al año siguiente, en la Comida de Convivencia de la Hermandad de Empleados, me dediqué a ver los toros desde la barrera, a disfrutar de la comida, la bebida y la charla y a decirme a mí mismo que ya era un empleado con experiencia, *uno de los viejos*, lo cual no era poca cosa.